



María Alejandra Buelvas Badrán

Me gusta decir discursos.
Me los invento.

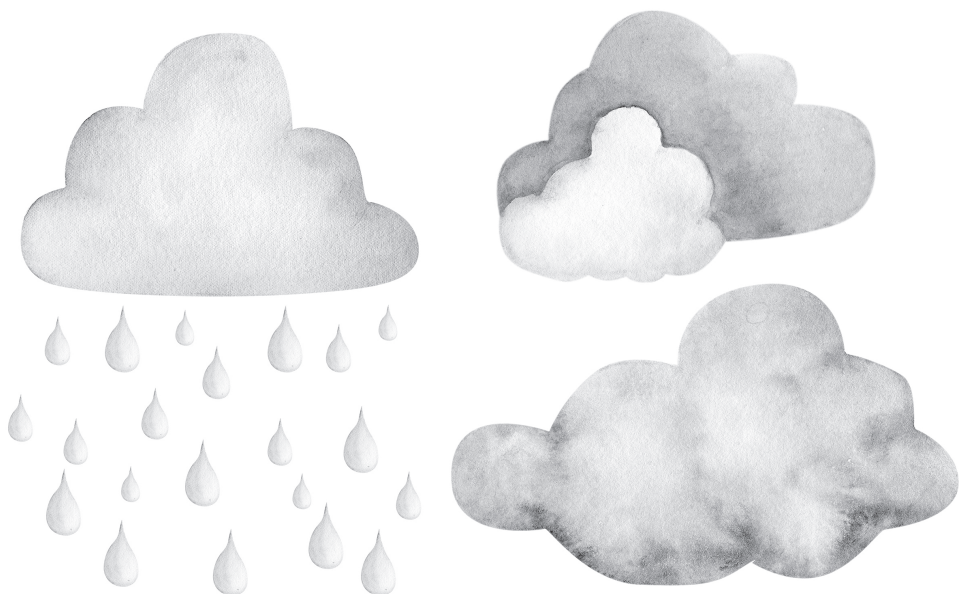
Hasta compré una grabadora.
Le digo a todos que es para grabar lo demás
Pero la verdad es para grabarme a mí.
me da pena confesar mi egoísmo y mi pobreza.
Pero esa soy yo. La que inventa discursos.

Creo que también hay algo de generosidad en eso.
En inventar miles de orejas una por una.
Y no necesitar que existan.

La única vez que en verdad dije un discurso fue en la iglesia. Cuando se murió el papá de mi papá.
Mi abuelo.

La iglesia estaba llena.
El ataúd era brillante.
Dije mi discurso.
Alguien lloró.
Yo casi, pero no.

Era para mi abuelo el discurso.
Yo soy la que dice discursos para orejas que no existen



Se apura una a aprender el nuevo idioma.

A pedir disculpas

a dar las gracias. a darlas muchas veces. y por todo.

onde é o banheiro?

pero no se figura para qué de verdad sirven las nuevas palabras:

para hablarle a Dios

para entender un discurso

pronunciado por una mujer de la calle

una noche en la que llueve mucho

Ser de un pueblo del que nadie se sabe el nombre es como no existir.
Mejor no existir.

En vez de pueblo
Vereda
de una sola calle
Y que no tenga nombre.

Vereda no,
Caserío.

Sí tiene nombre ese caserío
pero no aparece en los mapas.

Una parcela mejor
Una parcela alejada de otra
y de otra
por la que pasa un río.

Ese río sí aparece en los mapas.
Pero en la parcela no es río
sino riachuelo.

De ese riachuelo nadie se sabe el nombre
Ese riachuelo sí tiene nombre.

Cuando me meto al agua
se me enfrían los pies,
me duelen.

Menos mal no existe el riachuelo
Menos mal no existo yo.



Ana Victoria Padilla

***Nunca antes hubo tanta oscuridad
en mi vida como en 1992***

Era la época de los apagones de Gaviria
Recuerdo el silencio de los televisores
Las conversaciones susurradas
en las terrazas de las casas
como si estuviéramos en un velorio

El velorio de la luz, tal vez

Recuerdo también el miedo
Los demonios acechando en los rincones
oscuros

Tan oscuros que ellos mismos tropezaban
Demonios torpes
Niños miedosos

Todos ávidos de historias para pasar las
horas de penumbra

Y yo en mitad del patio escudriñando la
bóveda celeste

buscando entre las estrellas ovnis, extraterrestres,

una señal de vida entre luces lejanas
o el enorme cometa

que llenó de brillo los ojos de mi madre
la casa de mis abuelos

las vacas, los campos de maíz
en noches más oscuras que las de 1992

cuando no había apagones

porque la electricidad no conocía el campo
y Gaviria todavía era un niño como mamá

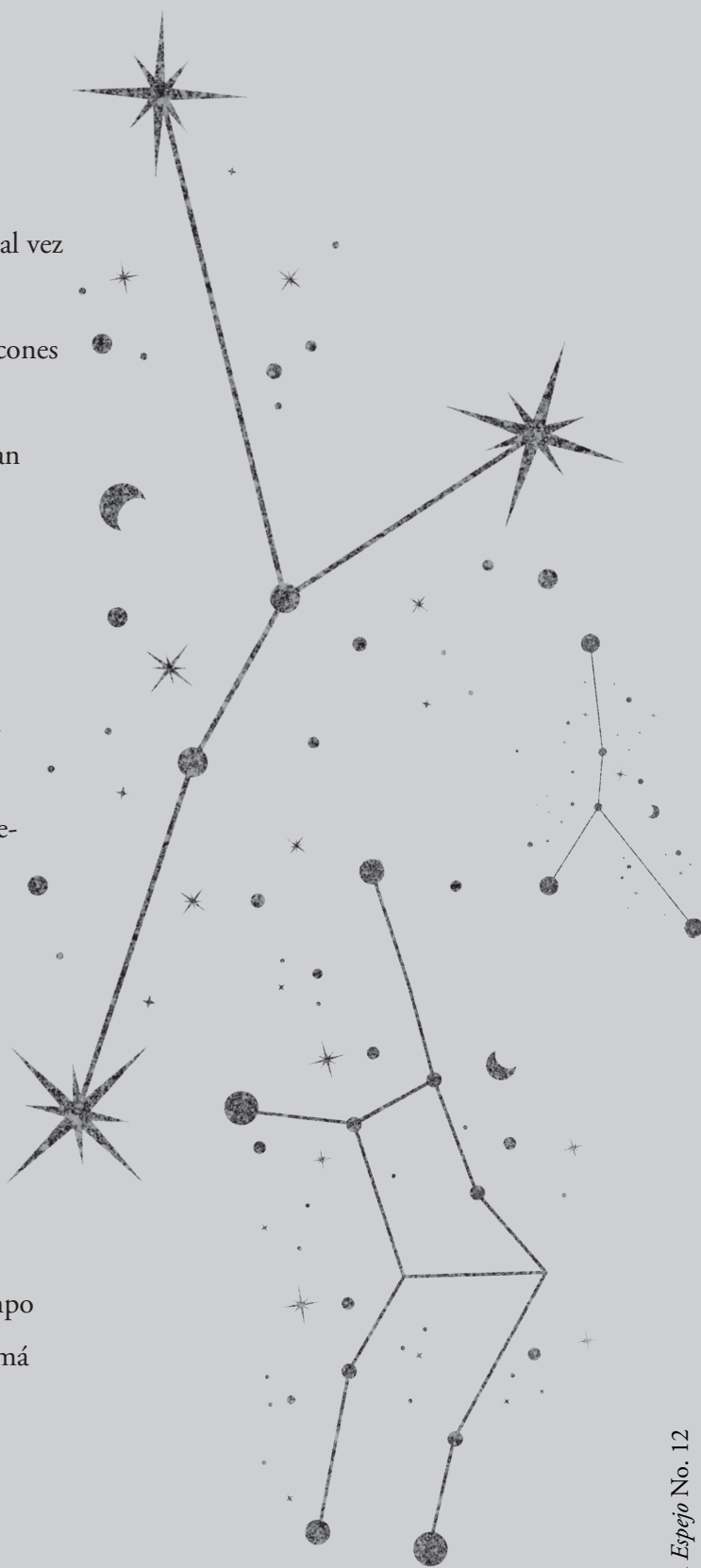
pero con luz en su casa

Por eso no vio el cometa

por eso sus ojos hoy no brillan

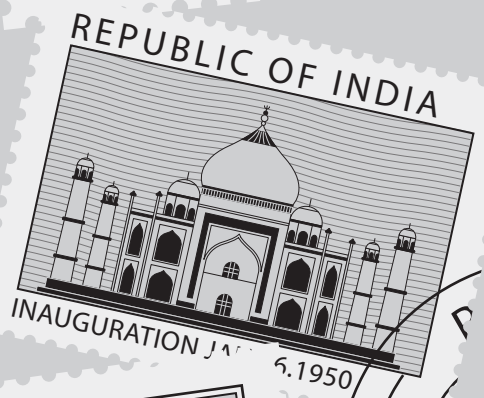
como los de ella

por eso su obstinación con los apagones



Como en los lugares de una fuga de Georges Perec

Un día saldré a la calle
y sucederá lo inevitable
Recorreré la avenida Venezuela
encontraré una refresquería llamada La sorpresa
que sobreviva a las cafeterías de moda
tomaré una limonada no muy fría
miraré al cielo azul
seguiré el vuelo de los gaviñanes
entraré al parque Centenario
y bajo la sombra de los nísperos
encontraré a un niño llamado
Georges Perec
Estoy segura que sabré reconocerlo
Tendrá entre sus manos un viejo álbum de estampillas
Notaré que sus ojos buscan un recuerdo
un nombre, una fecha, los detalles de una habitación
Me acercaré sin prisa
Le comentaré que aquí no hay carruseles
donde viajar en el tiempo
Que los caballos hace mucho se fueron
galopando entre las veraneras
Estoy segura que él entenderá
Entonces querrá retener el recuerdo
de la primera vez que subió a un carrusel



de ese viaje hacia atrás que realizó a lomo de caballo
-aunque ahora tenga la impresión que era un unicornio-
y del que solo fue consciente años después
cuando entre viejas postales y estampillas de feria
acogió en sus manos la imagen de un luminoso caballo de madera
Fue ahí cuando evocó la sensación de ese primer viaje:
las luces cálidas
la ensoñadora melodía
la risa de los otros niños
el mundo girando
un leve mareo
la nostalgia abriendo un camino
en la memoria
en los rostros de la gente
en las notas musicales
por donde se filtran
voces lejanas
que desde el descanso de unas escaleras
pronuncian con cariño
su nombre



*Estos poemas de la poeta colombiana Anavictoria Padilla forman parte de su libro *Miniaturas del asombro* (2024).

Pedro Juan Vallejo

Niebla



En este pueblo antes hacía un sol largo y uno se venía para el río a encontrarse con Los Cotúa o los Torreglosa, pero desde hace tiempo cada vez hay menos gente. El agua se nos confundía con el sudor de los brazos y alguno le decía al otro “qué cuenta, paisano” y el otro respondía hablando de la esposa o los hijos y por la tarde parecíamos sombras mientras, en las bateas, el oro brillaba como si fuera de luz. Andábamos sin camisa, metidos en el agua hasta las rodillas, y después nos íbamos a la compraventa de don Marcos, que tenía dos sillas en la entrada y un mostrador de vidrio desde el que nos atendía. “Punto dos gramos para doscientos mil”, “punto cuatro gramos para trescientos cincuenta”, decía mientras se lamía el dedo gordo para contar los billetes. Tenía la papada grande, los dientes de abajo separados y las gafas sucias, como si acabaran de salir del río. Nos entregaba la plata de a uno, en fajos amarrados con caucho, y de ahí salíamos para donde Orlando, casi siempre Remberto, Salvador, El Grasa y yo.

En la taberna de Orlando había dos ventiladores malos. Tres lámparas colgaban del techo en unas cadenas viejas y, cuando hacía viento, parecían mecer la luz. “Está difícil el oro”, decía Remberto mientras se giraba una manilla que tenía en la izquierda o se tomaba un trago, y alguno le respondía que dejara de quejarse, que acá en Serranías todos vivíamos del oro y más él que ningún otro porque era el que mejor conocía el oficio. “Hágale creer a la arena que la va a dejar salir, que la va a devolver al río, y apenas esté en el borde de la

batea, la trae otra vez y la gira. Eso hace que se separe del oro, que lo deje metido en el fondo” le explicaba a alguno de los nuevos y, al día siguiente, ellos trataban de hacer lo que les había dicho, pero el agua se les escurría a chorros.

Salvador era el que menos hablaba. Parpadeaba mucho y se comía las uñas de los pulgares. Tenía un diente de oro y cuando tomaba le pasaba la lengua como si quisiera sacarlo. “Guardarlo en la boca es como guardarlo en la tierra” decía El Grasa cada vez que Salvador hablaba y él solamente se reía y decía que al menos una parte de él nunca iba a pudrirse, no como el resto que solo íbamos a ser gusanos.

Orlando se mantenía con las manos apoyadas en la barra. Tenía un trapo en el hombro y cada tanto se paraba a la rockola a poner siempre la misma canción. “Esperaré/Sé que me quieres/ Y yo seré / Tu adoración”. Pasaba por las mesas para servirnos ron, un ron amargo que derretía los hielos y que adentro del vaso parecía agua quemada. A veces nos quedábamos hasta el día siguiente y así, medio amanecidos, medios borrachos, volvíamos al río.

Aunque la última vez que vinimos, Orlando apagó temprano la rockola y nos pidió que nos fuéramos. “Siempre es que me agarró un frío”, dijo mientras se agarraba los hombros con las dos manos. Eso fue después que llegáramos a la taberna y viéramos a don Marcos hablando con él.



Quién sabe de qué hablarían, pero Orlando manoteaba en el aire y don Marcos apenas sacó dos billetes y se los metió en el bolsillo. “Siempre es un placer, Orlandito”, le dijo y salió solo de la taberna. Esa noche, El Grasa le preguntó que qué le pasaba y Orlando no más se agarraba de los hombros y decía que seguro solo era una peste, pero que ahora solo quería dormir.

Quién sabe de qué hablarían, pero Orlando manoteaba en el aire y don Marcos apenas sacó dos billetes y se los metió en el bolsillo. “Siempre es un placer, Orlandito”, le dijo y salió solo de la taberna. Esa noche, El Grasa le preguntó que qué le pasaba y Orlando no más se agarraba de los hombros y decía que seguro solo era una peste, pero que ahora solo quería dormir.

Al otro día llegamos al río y El Grasa sacó un trapo rojo. “Parece que ya está bien. O por lo menos por acá vino”, dijo y escurrió el trapo que soltaba agua como si también fuera un río. De las montañas habían empezado a bajar nubes y el sol no alcanzaba a pasar a través.

Esa noche fuimos a la taberna y Orlando por ningún lado. El Grasa tocó varias veces, pero nadie vino de adentro. Miramos por la ventana y era como si la casa hubiera estado siempre vacía. “¿Y a este qué le picó?”, dijo Salvador rascándose la cabeza.

—¿Se les perdió algo?

Escuchamos una voz a la espalda. Era don Marcos que se mordía el pulgar y nos miraba por encima de las gafas sucias.

—No, señor, solo queríamos venir a echar cerveza, pero desde ayer no sabemos nada de Orlando —dijo El Grasa y, mientras miraba a don Marcos, se le empezó a formar una mancha oscura debajo de las axilas.

—¿Orlando? Hoy por la mañana me dijo que quería irse del pueblo, así que le compré la casa. De contado, como les gusta a ustedes.

—Ah, ¿sí?, y ¿cómo se llevó las cosas si el muleto que tenía ya estaba viejo y a duras

penas era capaz de cargarlo a él?

Don Marcos miró a Remberto de arriba abajo y después de estar unos segundos en silencio le sonrió y le tocó dos veces la cara.

—No sé, toca que lo encuentre y le pregunte —dijo y, aunque se fue solo, alrededor sonaban ramas partidas y pasos encima del monte.

—Rember, no se ponga a pelear con don Marcos —dijo el Grasa mientras se limpiaba el sudor de la frente y se amasaba una crucecita de oro que llevaba en el pecho. ¿Él que va a saber para dónde se fue Orlando? Se fue y listo. Además, él venía diciendo que se quería ir porque aquí están pagando muy mal el oro.

—Por eso, ¿y quién es el que nos paga? Y mejor vámonos que ya me empezó fue a dar frío.

Las nubes seguían bajando y las casas del pueblo parecían adentro de humo. Solo se veía la punta de la iglesia, el reloj. Remberto se encerró la boca entre las dos manos y empezó a soplar aire. “¿Mejor me acompañan al rancho?”, preguntó y los cuatro nos fuimos por el camino oscuro de la Herrera. La luna alcanzaba a entrar por las nubes y, en los árboles, los bejucos iluminados parecían culebras blancas.

Lo dejamos en la puerta. La mujer abrió y lo envolvió en una ruana roja. “Mañana nos vemos... Y no me hagan caso: si nos pagan menos, vamos a sacar más oro y ya”, dijo mientras se agarraba los hombros y le castañeteaban los dientes.

Pero a la mañana llegamos al río y de Remberto ni sombra. “Nunca ha faltado ni un día”, dijo El Grasa, que apenas alcanzaba a verse. Las nubes habían bajado del todo y ya escondían hasta la playa del río. Al fondo las chicharras hacían sonar el aire como si estuviera roto.

—Y es que sí vino. ¡Vean las manillas! —gritó Salvador, y cuando traté de ubicarlo, solo se veía niebla.

Sobre la arena se escucharon pasos y tres bultos pesados que caían al agua.

Busqué la orilla, pero ya ni siquiera se veían las manos.



Julio Cesar Márquez Ariza

Zapatos bajo la lluvia





La gente pasa cerca, pero es como si no existieran.

El edificio es un monstruo de muchos ojos, un monstruo lleno de gente por dentro: adolescentes que andan tropezándose, señoras con sus hijos en brazos que lloran, las tiendas de zapatos llenas, los carros, los helados y la música. Todo dentro del monstruo es una historia lejana, distante. En un rincón de las escaleras, Efe y Zeta conversan. Son dos personajes en actitud de reflexión, las miradas de tristeza, las palabras que dirán y ese vacío aparente entre ellos.

Efe es quien habla, mientras juega con los cordones de sus zapatos. Habla despacio, dándole tiempo a su boca para formar correctamente cada palabra. Zeta escucha con cuidado y mira a la gente que sube y baja por su lado. Luego se instala entre ellos un silencio que logra prolongarse por algunos minutos.

—¿Recuerdas la primera vez que hablamos?

—pregunta Zeta.

—Fue aquí mismo, ¿no?

—Sí. Esa heladería de ahí abajo no estaba en ese momento.

—Es nueva, debe tener unos tres meses abierta —dice Efe.

—¿Has probado los helados?

—El de frutos rojos es el mejor. Te lo recomiendo.

—Ya has venido. Y... ¿con quién comías helado? El cielo se oscurece. La gente camina más rápido, corren a buscar refugio. Una lluvia menuda cae. Efe y Zeta pueden verla sin temor, están a salvo, el techo los protege. La lluvia es como una cortina de cristales que cae cada vez más rápido. Las gotas, el sonido, los charcos que se forman en el suelo, y Efe y Zeta mirando lo que podría ser una fotografía de hace muchos años.

—¿Cómo habrá sido la primera de todas las lluvias? —dice Efe.

—Seguro fue igual a esta.

—Yo creo que no. Imagino que fue una lluvia muy clara, súper clara, el agua seguramente estaba más limpia. La de ahora se ve muy turbia.

—Tú siempre con tus cosas raras.

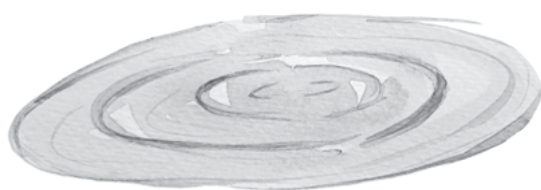
—Al parecer no se te ha pasado la rabia.

—Mis zapatos no son buenos para caminar en el agua. Se me van a mojar los pies.

—Los míos sí. Y si no lo fueran, tampoco me importaría.

—Esta será la última vez, ¿cierto? —pregunta Zeta.

—No me preguntes eso.



En la tienda de zapatos, algunas personas siguen comprando. Las vendedoras miran la lluvia y luego el reloj. El tiempo es lento en esos momentos, un tiempo de pasos cansados que arrinconaba a la gente, la hace pensar en cosas que creían olvidadas. En el café, los clientes revisan sus celulares y toman fotos de ese momento.

—Siempre evitas responder ese tipo de preguntas.

—Entonces para qué las haces.

—Es como si... olvídale.

—Sigues con rabia.

—Y tú no me dijiste con quién comiste helado.

—No te importa.

—Como siempre.

—Te he pedido disculpas de todas las formas que he podido. Ninguna ha sido suficiente. ¿Qué más puedo hacer?

—A mí no me preocupa el color de la lluvia. Yo me pregunto qué habrían pensado los primeros en ver la primera de todas las lluvias. Hay cosas que vemos que nos cambian para siempre.

Efe contempla el rostro de Zeta. Aquellas cejas arqueadas, la espinilla que empieza a crecerle en el cachete, los labios finos y oscuros; sus ojos, esos ojos grandes y brillantes como dos reflectores. Entonces, se levanta y baja uno a uno los escalones, ya en el último, vuelve la cabeza y ahí está Zeta, como siempre, esperando, con aquellos ojos y las lágrimas que le caen. Efe continúa. Desde la escalera, Zeta ve a Efe desaparecer en medio de la lluvia.

Cuando el aguacero cesa, la gente vuelve a caminar por los pasillos, a subir las escaleras. Zeta sigue ahí, ha visto el final de la lluvia. Se levanta y baja la escalera. Llega hasta los charcos y juega a patear el agua. A los lejos siente la mirada de un vigilante. Zeta se detiene y mira su reflejo en el fondo del charco. Mira ese rostro, su rostro, las ondas de agua, ese mundo que se forma en el reflejo. Vuelve a sentir la mirada del vigilante, entonces, camina hasta la entrada. La fila de buses, sus colores, la gente que sube a ellos. Zeta despierta de su letargo y se percata del charco en el que tiene los pies, una vez más, su reflejo lo saluda en el fondo con ese gesto que no logra descifrar.

